

su popa hacia el Levante y proa hacia el Poniente. El que miraba hacia la proa veía delante de sí multitud de viejimos techos, sobre los que se redondeaba el travesero emplomado de la Santa Capilla, semejante á un elefante cargado con su torre; por este lado aquella torre, la más atrevida, la más gallarda y la más trabajada que dejó jamás entrever el cielo al trasluz de su cono de encaje. Delante de Nuestra Señora desembocaban tres calles en el átrio, formando una hermosa plaza de casas viejas; al Sur de esta plaza se inclinaba la fachada rugosa y acartonada del Hospital, con su techo que parecía plagado de pústulas y de verrugas. A la derecha, á la izquierda, al Oriente, al Occidente, en el estrecho recinto de la Cité se elevaban los campanarios de sus veintiuna iglesias, de todas las épocas, de todas las formas, de todos los tamaños, desde la baja y carcomida cúpula sajona de San Dionisio, hasta las sutiles agujas de San Pedro y de Saint-Landry. Detrás de Nuestra Señora extendiase: al Norte, el claustro con sus galerías góticas; al Sur, el palacio semi-bizantino del Obispo; al Levante, la puerta desierta del Terreno. En aquel hacinamiento de casas veíanse también la casa concedida por la Cité á Juvenal de Ursins en tiempo de Carlos IV, y un poco más allá las barracas embreadas del mercado Palus; no lejos de allí, la ábside nueva de San German el Viejo, y luego, de vez en cuando, una encrucijada llena de gente, una picota levantada en un esquina, un magnífico pedazo del pavimento de Felipe-Augusto, tan mal reemplazado en el siglo diez y seis por miserables guijarros y que se llamó *empedrado de la Liga*; á la derecha de la Santa Capilla, hacia Poniente, ostentaba el palacio de Justicia su grupo de torres en la orilla del río. El bosque de arbolado de los jardines del rey que llenaban la punta occidental de la Cité tapaban el islote del Vaquero. Desde lo alto de las torres de Nuestra Señora no se veía el río por ninguno de los dos lados de la Cité; el Sena desaparecía bajo los puentes y los puentes bajo las casas.

Cuando la vista, después de pasar los puentes, se dirigía á la izquierda, el primer edificio que divisaba era un grueso y bajo manojo de torres, las del Pequeño Chatelet, cuyo pórtico devoraba el extremo del Pequeño Puente, y luego distinguía un largo cordón de casas con vigas esculpidas, con vidrios de colores, desplomando de piso en piso intermina-

ble enmarañamiento de paredes, cortado con frecuencia por alguna boca-calle y alguna vez por el frente ó el lado de alguna magnífica casa, colocada con holgura, con un patio y sus jardines, entre la multitud de casucas sofocadas y espachurradas, como un gran señor entre una cáfila de villanos. Había cinco ó seis caserones de éstos sobre el muelle desde el palacio de Lorraine hasta el palacio de Nesle, cuya torre principal era uno de los límites de París.

Este lado del Sena era menos mercantil que el otro: dominaban en él los estudiantes á los artesanos, y solo tenía muelle, propiamente hablando, desde el puente de San Miguel hasta la torre de Nesle. El resto de la orilla del Sena, tan pronto era una playa desnuda, como desde los Bernardinos en adelante, tan pronto era un amontonamiento de casas que metían los pies en el agua, como sucedía entre los dos puentes. Dominaba en aquel sitio la algarazara de las lavanderas, que gritaban y cantaban desde por la mañana hasta por la noche, sacudiendo de firme la ropa, como sucede en la actualidad. No es esto lo menos divertido de París.

La Universidad presentaba á la vista una mole inmensa, formando de uno á otro extremo un todo homogéneo y compacto. Sus numerosos techos apiñados, angulosos, adherentes, compuestos casi todos del mismo elemento geométrico, ofrecían á vista de pájaro el aspecto de una cristalización de su propia sustancia. El caprichoso barranco de las calles no cortaba en líneas muy desproporcionadas aquella muchedumbre de casas; sus cuarenta y dos colegios estaban diseminados con bastante igualdad y se veían por todas partes. Las variadas y ricas techumbres de aquellos magníficos edificios eran producto del mismo arte que el de los techos sencillos, y solo eran en definitiva una multiplicación elevada al cuadrado, ó al cubo, de la misma figura geométrica; por eso complicaban el conjunto sin confundirle y le completaban sin recargarle. La geometría es la armonía. Distinguíanse también algunos caserones magníficos aquí y allí por encima de las pintorescas buhardillas de la orilla izquierda, como por ejemplo, el palacio de Nevers, el de Roma, el de Reims (que ha desaparecido) y el palacio de Cluny, que subsiste aun para consolar al artista. Junto á Cluny, palacio romano, de hermosos arcos, estaban las Termas de Juliano. Veíanse también

numerosas abadías, de belleza más religiosa, de grandeza más grave que los palacios, pero no menos hermosas ni menos magníficas; las que llamaban la atención eran la de los Bernardinos, con sus tres campanarios; la de Santa Genoveva, cuya torre cuadrada, que aun existe, nos hace lamentar la pérdida del resto; la de la Sorbona, edificio entre colegio y monasterio, del que solo se conserva una preciosa nave; el bellissimo claustro cuadrilateral de los Mathurins; su vecino el claustro de San Benito; el de los Franciscanos, con sus tres enormes fachadas adherentes; el de los Agustinos, cuya gallarda aguja formaba, después de la de la torre de Nesle, el segundo dentellón de París por la parte de Occidente. Los colegios, que son el eslabón intermedio entre el claustro y el mundo, eran el término medio en la serie monumental entre los palacios y las abadías; su severidad era elegante, su escultura menos prolija que la de los palacios y su arquitectura menos seria que la de los conventos: por desgracia casi no queda ya ningún resto de estos monumentos, en los que el arte gótico sabía hermanar la riqueza con la economía. Las iglesias dominaban aquel conjunto, y como una armonía más entre aquella masa de armonías, resaltaban á cada instante entre el múltiple festoneo de las flechas acuchilladas, de los campanarios transparentes, de las torres primorosas, cuya línea solo era una magnífica exageración del ángulo agudo de los techos.

El terreno de la Universidad era montuoso; la montaña de Santa Genoveva formaba en él una enorme ampolla, y eran dignas de verse, desde lo alto de Nuestra Señora, aquella multitud de calles estrechas y tortuosas, aquellas casas derramadas en todas direcciones, desde la cumbre de aquella eminencia, que se precipitaban en tropel hasta la orilla del agua, pareciendo que unas se caían, que otras se asían para no caer, y que se sostenían las unas á las otras. El flujo continuo de mil puntos negros, que serpeaban por el suelo, daba á este conjunto movilidad extraordinaria; aquellos puntos negros eran la gente, vista desde lejos y desde lo alto.

En los intervalos de los techos, de las agujas, de los accidentes, de los innumerables edificios que doblaban, torcían y festoneaban de tan caprichosa manera la línea extrema de la Universidad, se entreveía, de trecho en trecho, un

musgoso paredón, una ancha torre redonda, una puerta almenada parecida á una fortaleza; aquello era el recinto de Felipe-Augusto. Más allá verdeaban las praderas; más allá unían los caminos; á lo largo de ellos se veían rezagadas algunas casas de los arrabales, en menor número cuanto más se alejaban. Algunos de aquellos arrabales tenían importancia; uno de los principales era, saliendo de la Tournelle, la aldea de San Víctor, con un puente de un solo ojo sobre el río Biovre, con su abadía, en la que estaba escrito el epitafio de Luis el Gordo, con su iglesia octógona; luego la aldea de San Marcelo, que poseía tres iglesias y un convento; después, dejando á la izquierda el molino de los Gobelinos, se veían el arrabal de Santiago con linda cruz esculpida en su encrucijada; la iglesia de Santiago era entonces gótica, puntiaguda y hermosa; Saint-Magloire, hermosa nave del siglo catorce; Nuestra Señora de los Campos, que ostentaba mosaicos bizantinos. Después de dejar en medio de la llanura el monasterio de los Cartujos (rico edificio contemporáneo del palacio de Justicia), descubría la vista en el Occidente las tres agujas sajonas de San German de los Prados, que era ya entonces considerable y constaba de quince ó veinte calles; el agudo campanario de San Sulpicio indicaba uno de los extremos de la aldea; distinguíase allí también el recinto cuadrilateral de la feria de San German, donde hoy está el mercado; luego la picota del Abad; pero lo que llamaba en este punto la atención era la abadía, que era magnífica y que gozaba de muchos fueros, como iglesia y como señorío abacial.

Cuando, después de contemplar durante largo tiempo la Universidad, dirigía los ojos el espectador hacia la Ciudad, el espectáculo cambiaba bruscamente de carácter. La Ciudad era mucho mayor que la Universidad, pero menos uniforme. A la primera ojeada se la veía dividida en muchas masas singularmente distintas. En primer lugar, por Levante, en la parte de la ciudad que aun recibe hoy su nombre del pantano en donde zambulló Camulógenes á César, todo era un hacinamiento de palacios, que llegaban hasta la orilla del agua. Cuatro edificios casi adherentes, Jouy, Sons, Barbeau y el palacio de la Reina, reflejaban en el Sena sus techos de pizarra coronados con esbeltas torrecillas. Estos cuatro edificios llenaban el espacio comprendi-

do desde la calle de Nonaisdieres hasta la abadía de los Celestinos, cuya aguja realzaba primorosamente su línea de puntas y de almenas. Verdosos paredones, inclinados sobre el río, delante de aquellos suntuosos palacios, no impedían la vista de los hermosos ángulos de sus fachadas, de las anchas ventanas cuadradas con sus rejas de piedra, de sus pórticos ojivos recargados de estatuas, de las vivas aristas de sus paredes recortadas con sin igual limpieza, ni de todos aquellos primorosos caprichos de la arquitectura, que hacen que parezca que el arte gótico invente á cada instante nuevas combinaciones. Detrás de aquellos edificios corría en todas direcciones el ámbito inmenso y multiforme del milagroso palacio de Saint-Pol, en el que el rey de Francia podía hospedar espléndidamente á veintidos príncipes del rango del delfín y del duque de Borgoña con su comitiva y sus criados, sin contar á los grandes señores y al emperador, cuando iba á ver Paris, y á los leones, que tenían su palacio aparte dentro del palacio real.

Desde la torre de donde contemplamos á Paris á vista de pájaro, el palacio de Saint-Pol, casi tapado por los cuatro grandes edificios que acabamos de ver, aparecía, sin embargo, considerable y maravilloso. Se distinguían en él con claridad los tres palacios que amalgamó al suyo Carlos V; el de Petit-Muce, con la balaustrada de encaje, que orlaba graciosamente su techo; el del abad de San Mauro, parecido á una fortaleza con su torre, sus bubardas, sus troneras, y ostentando sobre su ancha puerta sajona el escudo del abad, entre las dos cadenas del puente levadizo; y el palacio del conde de Etampes, cuya torre, arruinada en su cima, se arqueaba á la vista, festoneada, como la cresta de un golfo; aquí y allá se veían añosas encinas formando ramillete, numerosos patios pintorescos, la casa de los leones, y en medio de este conjunto la aguja escamosa del Ave-María: á la izquierda estaba el palacio del preboste de Paris, flanqueado por cuatro torrecillas, y en el medio, en el fondo, el palacio de Saint-Pol propiamente dicho, con sus múltiples fachadas, sus enriquecimientos sucesivos desde Carlos V con las excrecencias híbridas con que la fantasía de los arquitectos las recargó durante dos siglos, con todos los ábsides de sus capillas, las paredes salientes de sus galerías, sus veletas que jugaban á los

cuatro vientos y sus dos altas torres contiguas de techo cónico, rodeado de almenas por su base.

Continuando la vista en ascender por las gradas de ese anfiteatro de palacios, desarrollado á lo lejos sobre el terreno, se detenían las miradas ante el palacio de Angulema, vasta construcción de muchas épocas, donde había partes nuevas y blancas todavía. Esto no obstante, se levantaba con gracia desde el centro de las ruinas del antiguo edificio el techo singularmente agudo y alto del palacio moderno, erizado de canales cinceladas y cubierto de láminas de plomo, donde giraban en mil fantásticos arabescos brillantes incrustaciones de cobre dorado. Elevábase detrás de él el bosque de agujas de la Tournelle, y no se encuentra en el mundo, ni en Chambord, ni en la Alhambra, golpe de vista tan mágico, tan aéreo, ni tan prodigioso como aquel bosque espeso de agujas, campanarios, chimeneas, veletas, espirales, miradores, pabellones, torrecillas agrupadas de diferentes formas, tamaños y posiciones, conjunto parecido á un inmenso ajedrez de piedra.

A la derecha de la Tournelle, aquel manojo que se vé de enormes torres de negro de tinta, metidas unas dentro de otras y alineadas por un foso circular; aquel torreón con más troneras que ventanas, aquel puente levadizo siempre levantado, aquel rastrillo siempre cerrado; todo eso es la Bastilla. Aquellas especies de picos negros que salen por entre las troneras, y que de lejos parecen canales, son cañones; debajo de sus bocas, al pié del formidable edificio, está la puerta de San Antonio, hundida entre sus dos torres.

Más allá de la Tournelle, hasta la muralla de Carlos V, se desarrollaba, en ricos compartimientos de flores y de verdura, el tapiz aterciopelado de los jardines y parques reales, en cuyo centro se reconocía, por su laberinto de árboles y alamedas, el famoso jardín llamado *Dédalo*, que Luis XI regaló al famoso médico Coictier. El observatorio del doctor se elevaba por encima del laberinto; en él se hicieron terribles astrologías. Ocupa actualmente dicho sitio la plaza Real.

Como dijimos, el cuartel de los palacios llenaba el ángulo que formaba al Oriente con el Sena el recinto de Carlos V. El centro de la ciudad le ocupaba un montón de casas del pueblo. En dicho centro desembocaban los tres puentes de la Cité sobre la orilla derecha, y

los puentes tenían casas delante de los palacios. Aquella colección de habitaciones plebeyas, apiñadas como las celdillas de una colmena, ofrecían su belleza. Desde luego las calles cruzadas y embrolladas formaban en conjunto cien figuras particulares; alrededor de los mercados parecían una estrella de mil rayas. Las calles de San Dionisio y de San Martín, con sus innumerables ramificaciones, subían la una cerca de la otra, como dos pomposos árboles que mezclan sus ramas; y luego serpeaban por todas partes, en líneas tortuosas, las calles de la Platerie, de la Verrerie, de la Tixeranderie, etc., etc. De vez en cuando alguno que otro soberbio edificio rompía la ondulación petrificada de aquel mar de paredes salientes, como la entrada del Pont-oux-Changeurs, detrás del que se arremolinaba espumoso el Sena bajo las ruedas del puente de los Molineros; como el Chatelet, no ya torre romana como en tiempo de Juliano el Apóstata, sino torre feudal del siglo trece; como el rico campanario cuadrado de Santiago de la Boucherie, con sus ángulos llenos de esculturas, que era digno ya de admiración, aunque no estaba terminado en el siglo quince; como la Casa de los Pilares, situada en la plaza de la Grève, que ya describimos en otra parte; como San Gervasio, chafado después por una portada de mal gusto; como Saint-Mery, cuyas antiguas ojivas eran todavía casi semicírculos; como San Juan, cuya magnífica aguja era proverbial; como otros muchos monumentos que no se desdeñaban de ocultar sus maravillas en el caos de calles negras, estrechas y profundas.

Después de recorrer los dos cuarteles, uno de palacios y otro de casas, el tercer elemento del aspecto que presentaba á la vista la Ciudad era una larga zona de abadías, que la ceñía por casi todo su circuito, de Levante á Poniente, y por detrás del recinto de fortificaciones que encerraba á Paris, trazaba como un segundo recinto interior de conventos y de capillas. Inmediata al parque de la Tournelle, entre la calle de San Antonio y la calle Vieja del Temple, estaba el convento de Santa Catalina, con sus inmensos plantíos, limitados por las murallas de Paris. Entre las calles Nueva y Vieja del Temple estaba éste, que era un siniestro manejo de torres, alto, derecho y solitario en medio de vasto circuito almenado. Entre la calle Nueva del Temple y la de San Martín estaba

la abadía de este último nombre, soberbia iglesia fortificada en medio de jardines, cuyo ceñidor de torres, cuya tiara de campanarios solo cedían la palma en fuerza y en esplendor á San German de los Prados. Entre las calles de San Martín y de San Dionisio se extendía el recinto de la Trinidad, y entre la de San Dionisio y la de Montorgueil el de las Hijas de Dios. Al lado se veían los techos podridos del ámbito desemperado de la Corte de los Milagros, que era el único anillo profano que se mezclaba en la religiosa cadena de conventos.

El cuarto compartimiento que se dibujaba por sí mismo en la aglomeración de los techos de la orilla derecha lo ocupaba el ángulo occidental del recinto y la orilla del agua en la dirección de la corriente, y formaba un nuevo nudo de palacios apiñados al pié del Louvre. El antiguo Louvre de Felipe-Augusto, aquel descomunal edificio cuya torre mayor reunía en torno suyo veintitres torres maestras, sin contar las torrecillas, parecía desde luego encajonado en los techos góticos del palacio de Alençon y del Pequeño Borbon. Esta hidra de torres, gigantesco centinela de Paris, con sus veinticuatro cabezas levantadas, con sus monstruosas cimas de plomo ó de pizarra, rielantes de metálicos reflejos, terminaba de singular manera la configuración de la Ciudad por la parte de Occidente.

Veíase una muchedumbre de casas plebeyas, flanqueadas á derecha é izquierda por dos montones de palacios, dominados uno de ellos por el Louvre y el otro por la Tournelle, circundado todo esto por la parte del Norte de un largo ceñidor de abadías y de cercas cultivadas; sobre estos mil edificios aparecían los campanarios labrados é iluminados de las cuarenta y cuatro iglesias de la orilla derecha: por el medio millares de calles; por un lado el circuito de altas murallas de torres cuadradas, y por el otro lado el Sena, cortado por puentes y cubierto de barcos: tal era el aspecto de la Ciudad en el siglo quince.

Más allá de las murallas se apiñaban junto á las puertas varios arrabales, pero menos en número y más esparrados que los de la Universidad. Detrás de la Bastilla había veinte paredones amontonados alrededor de las curiosas esculturas de la Croix-Faubin y de los botareles de la abadía de San Antonio de los Campos; luego estaba Popincourt, perdido entre los trigos; después la Cour-

tille, alegre pueblecillo, lleno de tabernas; la aldea de San Lorenzo con su iglesia, cuyo campanario, visto desde lejos, parecía agregarse á las agudas torres de la puerta de San Martin; el arrabal de San Dionisio, con su vasta cerca de Saint-Ladre; fuera de la puerta de Montmartre la Granje-Bateliere, ceñida de blancas murallas, y detrás de ella Montmartre, con sus colinas de yeso, que tenia entonces casi tantas iglesias como molinos y que ya solo conserva éstos; finalmente, más allá del Louvre se extendia por los prados el arrabal de San Honorato, entonces ya muy considerable, verdeaba la Petite-Bretagne y se desplegaba el mercado de los cerdos, en cuyo centro se arqueaba el horrible horno en el que se quemaba á los monederos falsos. Entre la Courtille y San Lorenzo observaba el espectador, en la cima de una colina recostada sobre llanuras desiertas, un edificio que se parecía de lejos á una columnata deruida y de pié sobre un basamento fuera de su sitio; ese edificio no era ni un Parthenon ni un templo de Júpiter Olímpico: era Montfaucon.

Si la enumeracion compendiosa de tantos edificios no ha pulverizado, á medida que la construíamos en la mente del lector, la imágen general del antiguo Paris, la reasumiremos en pocas palabras.

En el centro, la isla de la Cité se asemejaba en su forma á una enorme tortuga, que saca sus puentes cubiertos de tejas, como otras tantas patas por debajo de su parda concha de techos. A la izquierda el trapecio monolito, fuerte, denso, erizado, de la Universidad; á la derecha el vasto semicírculo de la Ciudad, abundante en jardines y en monumentos. Los tres conjuntos de la Cité, la Universidad y la Ciudad, jaspeados de numerosas calles; atravesados los tres por el Sena, "el Sena nutridor," como dice el P. Du Breul, lleno de islas, de puentes y de barcos. Por el rededor de Paris una inmensa llanura, con mil clases de cultivo, sembrada de mil aldeas; á la izquierda están Yssy, Vauvres, Vaugirard, Montrouge y Gentilly; á la derecha, otras veinte, desde Conflans hasta la Ville-l' Vegne. Se vé en el horizonte una cenefa de colinas colocadas en círculo, como el borde de un estanque. A lo lejos, por la parte de Oriente, Vincennes y sus siete torres cuadrangulares; por la del Sur, Bicetre y sus puntiagudas torrecillas; por la del

Norte, San Dionisio y su aguja, y por la del Occidente, Saint-Cloud y su castillo. Hé aquí el Paris que veian los vivientes en 1482.

Paris en el siglo quince no solo era una ciudad hermosa, sino una ciudad homogénea, producto arquitectural é histórico de la Edad Media; era una crónica de piedra. Dos capas nada más formaban la ciudad, la capa bizantina y la capa gótica, porque la capa romana desapareció mucho tiempo atrás, excepto en las Termas de Juliano, en las que aun rompía la espesa costra de la Edad Media; de la capa céltica no se hallaba ya en Paris ni la más pequeña muestra, ni siquiera en las excavaciones que se practicaban para abrir pozos.

Cincuenta años más tarde, cuando el Renacimiento mezcló á la unidad severa, pero variada, el lujo deslumbrador de sus caprichos y de sus sistemas, su derroche de semicírculos romanos, de columnas griegas y basamentos góticos, su escultura suave é ideal, su gusto por los arabescos y los acantos y su paganismo arquitectural, contemporáneo de Lutero, Paris fué quizás una capital más hermosa todavía, pero menos armoniosa para la vista y para el pensamiento. Pero ese espléndido momento duró poco, porque el renacimiento no fué imparcial, y no contento con edificar, quiso demoler: verdad es que necesitaba espacio; por eso el Paris gótico no estuvo completo más que un minuto, y estaba aun terminándose Santiago de la Boucherie, cuando empezaron ya el derribo del antiguo Louvre.

Después la gran ciudad ha ido perdiendo su forma de día en día. El Paris gótico, bajo el cual se borraba el Paris bizantino, ha desaparecido también; ¿y qué Paris lo ha reemplazado?

Existe el Paris de Catalina de Médicis en las Tullerías; (1) el Paris de Enrique II en la Casa de la Ciudad; el Paris de Enrique IV en la plaza Real; el Paris de Luis XIII en el Val-de-Grace; el Paris de Luis XIV en los Inválidos; el

(1) Hemos visto con dolor y con indignacion que se ha pensado en ensanchar, en refundir, en arreglar, esto es, destruir este admirable palacio. Los arquitectos modernos tienen la mano demasiado pesada para tocar las obras delicadas del Renacimiento. Creemos que no se atreverán. En la actualidad la demolicion de las Tullerías no solo es una brutalidad, de la que se avergonzaria un vándalo borracho, sino un acto de traicion. Las Tullerías ya no solo son un dechado del arte del siglo diez y seis, sino una página de la historia del siglo diez y nueve. Ese palacio ya no es del rey, es del pueblo; dejémosle como es. Nuestra revolucion le ha marcado dos veces la frente: en una de sus dos fachadas tiene los balazos del 10 de Agosto y en la otra las balas del 29 de Julio; es ya santo.

Paris 7 Abril 1831.

(Del autor.)

Paris de Luis XV en San Sulpicio; el Paris de Luis XVI en el Panteon; el Paris de la República en la Escuela de Medicina; el Paris de Napoleon en la plaza Vendome; este Paris es sublime, una columna de bronce hecha con cañones; y el Paris de la Restauracion en la Bolsa.

A cada uno de esos monumentos característicos van anexas, por simpatía de forma y de manera, cierta cantidad de casas esparcidas por varios cuarteles, y que distingue y clasifica por fechas el ojo del inteligente. El que sabe ver advina el espíritu de un siglo y el carácter de un rey hasta en la aldaba de una puerta.

El Paris actual no tiene, por consiguiente, fisonomía general, y es una coleccion de muestras de muchos siglos, solo que han desaparecido ya las mejores; la capital solo aumenta en casas. Al paso que vá Paris, es posible que se renueve cada cincuenta años: por eso la significacion histórica de su arquitectura se borra más cada día, son los monumentos menos frecuentes y parece que se vayan ahogando entre las casas, que amenazan tragárselos. Nuestros padres tuvieron un Paris de piedra: nuestros hijos tendrán un Paris de yeso.

Suprimiremos el ocuparnos de los monumentos del Paris nuevo, y no porque no los admiremos como se merecen. La Santa Genoveva de Mr. Sonffot es seguramente el más hermoso pastel de Saboya que jamás se ha amasado en piedra. El palacio de la Legion de Honor es también un bocado de pastelería muy exquisito. La bóveda del Mercado del trigo es un casquete de jokey inglés sobre una gran escalera. Las torres de San Sulpicio son dos enormes clarinetes, lo que constituye una forma como cualquiera otra; el Telégrafo, estevado y gesticulador, forma un curioso accidente sobre su techumbre. San Roque tiene una portada que solo es comparable, en cuanto á la magnificencia, á Santo Tomás de Aquino; tiene también un Calvario corcovado en un sótano y un sol de madera dorada, cosas verdaderamente maravillosas. Es también muy ingeniosa la linterna del laberinto del Jardin de Plantas. En cuanto al palacio de la Bolsa, que es griego por su columnata, romano por sus arcos semicirculares, del Renacimiento por su gran bóveda rebajada, no puede negarse que es un monumento correcto y puro; la prueba es que lo corona un ático como no los habia en Atenas: bella línea recta, graciosamente

interrumpida aquí y allá por los cañones de las estufas. Añadamos á esto que la arquitectura de un edificio debe ser apropiada al destino de éste, que debe conocerse á la simple inspeccion, y tendremos en que debe excitar la admiracion del que le contemple un monumento que lo mismo puede servir para palacio de un rey que para Cámara de diputados; que así puede servir de colegio, de picadero, de academia, de aduana, de tribunal, de museo, de cuartel, como de sepulcro, de templo y de teatro: por ahora sirve de Bolsa. Todo monumento debe, además, ser apropiado al clima, y éste evidentemente se ha construido para nuestro cielo frio y lluvioso, pues tiene un techo casi plano, como los del Oriente, por lo que en invierno, cuando nieva, hay que barrer el techo, y todo el mundo sabe que los techos se construyen para que se les barra. En cuanto al uso á que se le destinó, no puede desempeñarlo mejor; es Bolsa en Francia, como hubiera sido templo en Grecia: verdad es que le costó gran trabajo al arquitecto esconder el reloj, que hubiera destruido la pureza de las hermosas líneas de la fachada; pero presenta en cambio la columnata que circula en torno del monumento, bajo la cual, en los grandes dias de solemnidades religiosas, puede desenvolverse majestuosamente la teoria de los agentes de cambio y de los corredores de comercio.

No hay duda de que son soberbios monumentos los que acabamos de enumerar; añadámosles una multitud de calles entretenidas y variadas, como la de Rívoli, y no perdamos la esperanza de que Paris, contemplado á vista de pájaro, presente un día la riqueza de líneas, la opulencia de detalles, la diversidad de aspectos y la sorprendente belleza que caracterizan á un tablero de damas.

Por admirable que nos parezca el Paris moderno, construyamos en nuestro pensamiento el Paris del siglo quince; mirad el cielo al trasluz de aquel sorprendente laberinto de agujas, de torres y de campanarios; derramaos en medio de la inmensa ciudad, doblad las esquinas de las islas, contemplad los arcos de los puentes del Sena, con sus anchos charcos verdes y amarillos, tan cambiantes como la piel de la serpiente; destacad con limpieza sobre el horizonte azul el perfil gótico del antiguo Paris; haced flotar su contorno en las brumas del invierno que se enganchan en las infinitas chimeneas; sumergidle en una noche pro-